

- 2 **La mirada cercana de la perspectiva espiritual**
María Isabel Camejo Sánchez
- 3 **Una “mente sana” en tiempos de crisis**
Brian Webster
- 6 **¿Puedo ayudar de alguna manera?**
Andrea Jenks McCormick
- 8 **Lidia con la devaluación al contemplar la creación de Dios**
Daniel Bort
- 11 **Crecimiento profesional impulsado por Dios**
Natalia Ángel Toro

BUENAS NOTICIAS

- 12 **Nunca fuera del cuidado de Dios**
Pedro Andrés Nordenstahl

BUENAS NOTICIAS

- 13 **Las oraciones de una vecina abrazan a una familia**
Karina Vanesa Conde
- 14 **La conexión más profunda**
Melanie Wahlberg

PARA NIÑOS

- 17 **Cuando no tenía ganas de hacer mis deberes**
Jenny Sawyer

PARA JÓVENES

- 18 **Dios me guio a una pasantía**
Canon Church
- 19 **Sanada de dolor menstrual mensual**
Stefania Passaglia

- 20 **Curación de rodilla en una caminata por la montaña**
Jerry McIntire
- 21 **Agradecida por curaciones recientes**
Shannon Woolley
- 22 **No más problemas del corazón ni condenación propia**
Bill Flatley

NOTICIAS DE LA IGLESIA

- 24 **Rotación de cargos en la Administración Fideicomisaria**
Administración Fideicomisaria de La Sociedad Editora de la Ciencia Cristiana
- 24 **¿Podemos ser generosos?**
Lisa Rennie Sytsma

La mirada cercana de la perspectiva espiritual

María Isabel Camejo Sánchez

Apareció primero el 16 de febrero de 2026 como original para la Web.Original en español

Recientemente, en uno de mis viajes regulares, observé en la lejanía un edificio alto, y parecía que una enorme nube se apoyaba como si fuera un sombrero en el último piso. Sin embargo, cuando me acerqué y pasé frente a él, vi que era simplemente una ilusión óptica, porque la nube estaba en realidad muy lejos. Ahora tenía una perspectiva más clara del edificio, que se erigía portentoso.

Esto me hizo pensar en nuestras experiencias diarias. A veces podemos sentir como si tuviéramos una gran nube mental sobre nosotros, que no nos permite ver claro ni sentir la luz del sol de la Verdad y la Vida, Dios, que siempre está brillando. Podemos tener la impresión de que esta gran nube —decepción, tristeza, soledad, enfermedad, desaliento, etc.— se posa sobre nosotros como si fuera nuestra realidad. Creemos que la situación que nos agobia es parte real de nuestra experiencia.

Pero en realidad, no somos rehenes de los engaños de una mentalidad material que, como la nube, nos impide ver el sol. Mary Baker Eddy, la Descubridora y Fundadora de la Ciencia Cristiana, escribe en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*: “La delusión, el pecado, la enfermedad y la muerte surgen del falso testimonio del sentido material, el cual, desde un punto de vista supuesto fuera de la distancia focal del Espíritu infinito, presenta una imagen invertida de la Mente y la sustancia con todo puesto al revés” (pág. 301).

Podemos deducir entonces que toda visión alejada de la realidad espiritual no nos permite ver lo que sucede en verdad. Sin embargo, afrontar la situación más de cerca mediante la perspectiva espiritual, nos brinda la posibilidad de ver lo que es cierto en todo momento, y nos conduce a la resolución de los desafíos que se presentan al comprender la armonía, la omnipotencia y la bondad de Dios, que gobierna todo perpetuamente.

El Maestro, Cristo Jesús, sin excepción, veía las cosas desde el punto de vista de que toda la realidad proviene de Dios, y de esta manera resolvía cada situación discordante que se le presentaba, demostrando el dominio del poder espiritual sobre las condiciones físicas, “sanando toda enfermedad y toda dolencia” (Mateo 4:23). Su parábola del hijo pródigo señala la infinita misericordia de Dios, pero también ilustra que realmente estamos siempre cerca de nuestro Padre-Madre Dios. La Sra. Eddy, al referirse a Dios como Mente, lo explica de esta manera: “El inmanente sentido del poder-Mente realza la gloria de la Mente. La cercanía, no la distancia, da encanto a esta perspectiva” (*Ciencia y Salud*, pág. 209).

Una experiencia reciente evidenció la necesidad de esta perspectiva espiritual. Me hizo sentir cerca de nuestro Padre-Madre Dios y percibir más de la realidad de mi ser. Me caí y uno de mis pies se había doblado de tal manera que sentía un dolor intenso. Durante los siguientes días, oré con vehemencia y experimenté algo de alivio y pude completar las tareas de mi hogar. Pero luego el dolor volvió con más intensidad y no me era posible caminar normalmente.

Anteriormente, durante el tiempo en que estaba trabajando, se me había exigido legalmente que obtuviera una certificación médica cada vez que tenía que faltar al trabajo por un incidente o una enfermedad. Pero ahora, al estar jubilada, estaba agradecida de sentirme libre de tratar este caso única y exclusivamente a través de la oración científica.

Recordé esta cita de *Ciencia y Salud*: “La Ciencia Cristiana siempre es el cirujano más hábil, pero la cirugía es la rama de su curación que será reconocida por último. Sin embargo, es justo decir que la autora ya tiene en su poder registros debidamente autenticados de curaciones efectuadas por ella misma y sus alumnos mediante la cirugía mental únicamente, de huesos fracturados, de articulaciones y vértebras dislocadas” (pág. 402).

Decidí pedir ayuda a una practicante de la Ciencia Cristiana, alguien que dedica todo su tiempo a ayudar a los demás únicamente a través de la oración, con una perspectiva absolutamente espiritual. La practicante

y yo hablamos sobre el amor y la bondad de Dios, a los que se hacía referencia en la Lección Bíblica del *Cuaderno Trimestral de la Ciencia Cristiana* de esa semana. Al profundizar en su estudio, obtuve una nueva perspectiva sobre la resurrección de Dorcas que Pedro efectuó (véase Hechos 9:36-41). Me pareció que esta maravillosa demostración del poder de Dios se llevó a cabo en siete notables y poderosos pasos.

Pedro estaba decidido a proceder con una firme perspectiva espiritual, como había aprendido de su Maestro, Cristo Jesús. Primero: Hizo que todos los dolientes se fueran, como lo había hecho Jesús antes de resucitar a la hija de Jairo. Segundo: Se arrodilló y oró. Tercero: Le dio a Dorcas una orden firme: “Levántate”. Cuarto: Dorcas abrió los ojos y vio a Pedro. Quinto: Dorcas se incorporó. Sexto: Pedro le dio la mano y la levantó. Séptimo: Presentó a Dorcas a todos viva.

¡Qué alegría tan profunda y sorprendente deben de haber sentido todos al ver a Dorcas completamente restablecida! ¡Y qué profunda gratitud a Dios debe de haber sentido Pedro cuando vio su oración respondida, mostrando el maravilloso poder del Cristo, la Verdad!

Luego consideré cómo relacionar esta historia con mi experiencia, y concluí que para poner en práctica estos pasos, tenía que, Primero: Echar fuera las sugerencias y pensamientos negativos que no provenían de Dios. Segundo: Arrodillarme mentalmente en humildad y orar a Dios. Tercero: Dar la orden firme de confiar en Dios sin reservas, y confiar en el apoyo de la ayuda mediante la oración que había solicitado. Cuarto: Abrir mi visión espiritual para reconocer la presencia y el poder de Dios: la realidad espiritual. Quinto: Levantarme, superando la sugestión de que una falsedad podía mantenerme inerte. Sexto: Sentir que la mano divina me liberaba de cualquier situación discordante, al elevar mis pensamientos para ver la realidad espiritual.

Séptimo: Mostrar y alabar, con alegría, gratitud y humildad, la obra de Dios, de acuerdo con la instrucción de Cristo Jesús: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

Con estas edificantes ideas, ese domingo asistí a la iglesia y cumplí con mi tarea habitual, con cierta dificultad. Esa tarde descansé, pensando en el inspirador servicio que habíamos disfrutado, y específicamente en el pasaje que había estudiado durante la semana.

Repentinamente, sentí un gozo inefable. Me sentí contenta y feliz, con la fuerte convicción de que todo estaba bien y que, por ser espiritual, nunca había pasado por una condición discordante. Había despertado de un sueño hipnótico, una perspectiva falsa.

Sentí que la presencia de Dios me fortalecía. Me levanté de la cama y pisé el suelo con firmeza, sin sentir ningún dolor ni dificultad.

Una vez más comprobé que cuando abordamos los desafíos desde la perspectiva espiritual de que nuestro Padre-Madre Dios está cerca, somos guiados paso a paso no solo hacia la curación sino también a comprender cada vez más la perfección de nuestro ser y el origen espiritual de la creación. Como nos asegura *Ciencia y Salud*, “Cada etapa sucesiva de experiencia revela nuevas perspectivas de la bondad y del amor divinos” (pág. 66).

Una “mente sana” en tiempos de crisis

Brian Webster

Apareció primero el 1º de diciembre de 2025 como original para la Web.

En el primer capítulo del Génesis, leemos que Dios hizo al hombre —la verdadera identidad de ti y de mí— a Su imagen y semejanza. Pero eso no es todo. También nos dio dominio sobre toda la tierra. Si bien eso puede ser fácil de afirmar en la comodidad de un sillón, es una historia completamente diferente cuando se enfrenta lo que parece ser una crisis. ¿Qué se debe hacer, por ejemplo, cuando se enfrentan las amenazas

de un infierno furioso, una inundación poderosa, un accidente grave, un problema de salud paralizante o cualquier otra amenaza aparente?

La Biblia está llena de tales relatos. Pero también está llena de ejemplos notables de la liberación de Dios, como cuando David cantó: “Las ondas de la muerte me cercaron, los torrentes de iniquidad me atemorizaron; ... En mi angustia invoqué al Señor, sí, clamé a mi Dios; desde su templo oyó mi voz, y mi clamor llegó a sus oídos. ... Extendió la mano desde lo alto y me tomó; me sacó de las muchas aguas.

Me libró de mi poderoso enemigo, de los que me aborrecían, pues eran más fuertes que yo” (2 Samuel 22:5, 7, 17, 18, LBLA).

Una lectura de los relatos bíblicos conduce a una revelación sorprendente: La liberación de una crisis nunca comienza con una acción o reacción física, sino con una respuesta mental mediante la oración. El vencedor se ve impulsado a volverse confiadamente a Dios para comenzar a presenciar la coincidencia de la influencia divina de Dios con la necesidad humana. No se puede exagerar el beneficio práctico de tal respuesta. En la Biblia se resume de esta manera: “No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7).

Una “mente sana” nunca concluye que Dios, la Mente única, es la fuente de cualquier elemento destructivo. Como aprendemos al estudiar la Biblia y los escritos de Mary Baker Eddy, la Fundadora de la Ciencia Cristiana, Dios es solo bueno y, por lo tanto, crea solo el bien.

No obstante, uno podría preguntarse: “¿De qué sirve una mente sana cuando las crisis que enfrentamos son físicas?”. Es todo. Tiene el potencial de calmar las crisis. Esto se debe a que, como aprendemos en la Ciencia Cristiana, nuestra experiencia es en realidad la proyección de la consciencia, es nuestro pensamiento exteriorizado. La Sra. Eddy escribe: “La mente mortal ve lo que cree tan ciertamente como cree lo que ve. Siente, oye y ve sus propios pensamientos” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 86).

Esto se ilustra en el libro de Marcos en la Biblia, donde leemos que Jesús y sus discípulos una vez se vieron envueltos en una violenta tormenta en una barca (véase

4:36-41). Azotados por vientos huracanados y olas amenazadoras y temiendo por sus vidas, los discípulos despertaron a Jesús de su sueño y le suplicaron que los salvara. Él se puso de pie y “reprendió al viento” y dijo al mar: “Calla, enmudece”. Entonces “cesó el viento, y se hizo grande bonanza”.

Jesús estaba en la misma barca, en el mismo lago, al mismo tiempo que sus discípulos. ¿Cómo pudo haberse dormido? Lo que lo diferenciaba de sus estudiantes era que en su consciencia no estaba la tormenta. La única manera de comprender el estado apacible de Jesús en medio de lo que parecía ser una crisis es darse cuenta de que él entendía que, en realidad, en el reino de la armonía perpetua de Dios, jamás podría haber una tormenta.

La Sra. Eddy escribe de Jesús: “Recordemos que el gran Metafísico sanaba a los enfermos, resucitaba a los muertos y mandaba hasta a los vientos y a las olas, los cuales le obedecían debido sólo a su gran supremacía espiritual” (*Mensaje a La Iglesia Madre para 1901*, pág. 19). Su elevado pensamiento, que era uno con Dios, no incluía ninguna sugestión de nada que no fuera de Dios, el bien.

La Sra. Eddy escribe en otra parte: “Jesús nos enseñó a caminar *por encima de*, no *dentro de* ni *con* las corrientes de la materia, o sea la mente mortal. ... reprendió a los vientos, sanó a los enfermos, —todo en oposición directa a la filosofía humana y a las llamadas ciencias naturales. El anuló las leyes de la materia, demostrando que son leyes de la mente mortal y no de Dios” (*La unidad del bien*, pág. 11).

Al seguir el ejemplo de Jesús, descubrimos que lo que pensamos antes o durante una crisis es de suma importancia e influye directamente en nuestra experiencia. Ya sea de antemano, cuando trabajamos para no creer que hay poderes que actúan en contra de Dios y Su bondad, o cuando enfrentamos circunstancias extremas y escuchamos atentamente la guía confiable de Dios en lugar de dejarnos atrapar por el miedo, debemos permanecer en esa “ascendencia espiritual” que Jesús demostró.

Tuve la oportunidad de demostrar esto cuando me enfrenté a una crisis. Cuando era joven, dirigí a un

grupo de adolescentes en un viaje de mochileros de altura. A los pocos días de la caminata, nos encontramos expuestos en una cresta por encima de la línea de árboles, cuando una feroz tormenta descendió sobre nosotros rápida e inesperadamente. Corrimos como locos para poner las lonas para protegernos a nosotros mismos y a nuestro equipo de la lluvia, pero el viento era tan intenso que rompió los postes de la tienda de campaña y revoleó nuestro equipo como plantas rodadoras. Con los relámpagos bailando a nuestro alrededor, parecía que no había lugar para refugiarse.

Al principio, el miedo parecía estar tomando las decisiones, pero al recurrir a Dios en busca de ayuda, obtuve la indicación muy clara de que todos nos tumbáramos en el suelo uno al lado del otro en grupos, nos cubriéramos con las lonas, les pusiéramos estacas y esperáramos a que pasara la tormenta. Empacados como sardinas debajo de nuestras lonas, alguien sacó una Biblia y comenzó a leer —prácticamente gritando— el Salmo veintitrés en voz alta. Luego, otros comenzaron a compartir pasajes conocidos a medida que se pasaba el libro. Fue como un servicio religioso en la cima de la montaña. Una sensación de calma cayó sobre nosotros y nos sentimos menos perturbados por el caos que nos rodeaba.

Finalmente, la tormenta se movió por el valle y el sol atravesó las nubes. Caminé hasta un punto rocoso donde pude observarlo y agradecer a Dios por nuestra liberación. Unos minutos más tarde me di cuenta de que no estaba solo. Uno por uno, el grupo se había reunido a mi alrededor en silenciosa reverencia. Fue una experiencia santa.

Más tarde me enteré de que nuestra protección había sido mayor incluso de lo que había entendido en ese momento, cuando me dijeron que la posición adecuada que se debe tomar cuando se enfrenta una tormenta eléctrica al aire libre es una posición agachada, y que acostarse lo expone a uno a un peligro mayor. Pero, de hecho, habíamos sido protegidos, no por la posición de nuestros cuerpos, sino por la confianza en Dios en nuestros corazones.

Actuamos con más sensatez en tiempos de crisis cuando manejamos el temor primero. “El perfecto amor echa

fuera el temor”, leemos en 1 Juan 4:18. Saber que Dios no conoce nada más que amor por nosotros y nos envuelve continuamente en Su amor echa fuera el temor de que alguna vez podamos salir de él. Entonces tenemos la sensatez mental para escuchar los mensajes angelicales de Dios que nos guían en los pasos que debemos dar. En algún momento, aprenderemos que, los sucesos destructivos, puesto que no vienen de Dios, no tienen más realidad o capacidad para hacernos daño que la tormenta a Jesús y sus discípulos.

La Ciencia Cristiana también enseña la importancia de apartarse del miedo en las crisis de salud. Hacerlo nos permite mantenernos conscientes de la verdad y aprovechar más la omnipotencia y omnipresencia de la bondad de Dios. En *Ciencia y Salud* leemos: “A medida que el pensamiento humano cambie de un estado a otro, de dolor consciente y de consciente ausencia de dolor, del pesar a la alegría —del temor a la esperanza y de la fe a la comprensión— la manifestación visible será finalmente el hombre gobernado por el Alma, no por el sentido material” (pág. 125).

Experimenté pruebas de esto cuando me enfrenté a lo que pareció una crisis corporal. Al hacer algunos trabajos de jardinería, corté y quité varias plantas y las acarree en los brazos vistiendo tan solo unos pantalones cortos y una camisa sin mangas. Todo estuvo bien hasta esa noche, cuando una terrible erupción comenzó a extenderse por gran parte de mi cuerpo. Más tarde supe que entre las plantas que corté había hiedra venenosa, algo con lo que no tenía experiencia, ya que nunca había vivido en lugares donde crecía.

El desafío parecía más de lo que podía manejar por mí mismo, así que llamé a un practicante de la Ciencia Cristiana para que orara conmigo. Sentí algo de alivio de inmediato, pero la verdadera curación no tuvo lugar sino hasta unos días después.

Caminaba solo, deleitándome con el hecho de que la irritación había disminuido al punto que sentía que el desafío casi había terminado. Pero en ese momento, volvieron a manifestarse los síntomas, esta vez más agresivos. Ciertamente, pareció como una crisis personal. Pero acababa de leer esto en *Ciencia y Salud*: “La Mente tiene el dominio sobre los sentidos

corporales, y puede vencer a la enfermedad, el pecado y la muerte. Ejerce esta autoridad otorgada por Dios. Toma posesión de tu cuerpo y gobierna sus sensaciones y acciones. Levántate en la fortaleza del Espíritu para resistir todo lo que sea desemejante al bien. Dios ha hecho al hombre capaz de esto, y nada puede invalidar la capacidad y el poder divinamente otorgados al hombre” (pág. 393).

Con esta verdad en la mano, hablé con autoridad a la sugestión de que una erupción tenía poder sobre mí, o incluso existía. Hablé en voz alta y con convicción. Mientras lo hacía, sentí que el poder de la Verdad y el Amor divinos me inundaban. Al instante, la irritación y otros síntomas se detuvieron, simplemente porque dije la verdad con convicción. Y nunca regresaron.

El apóstol Pablo dijo: “Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:4, 5). Esto es realmente lo que hace una mente sana. Sus pensamientos están alineados con el Cristo, la verdadera idea de Dios, o en obediencia al Cristo. Esto nos permite despertar a la omnipresencia y omnipotencia de Dios.

Un día descubriremos que podemos tener una mente sana en toda circunstancia. Es naturalmente nuestra, porque somos la imagen de Dios. Él nos da la capacidad de sentir que Su omnipotencia reina en nuestra consciencia y, por lo tanto, en nuestra experiencia. Esto va acompañado de la pacífica certeza de que la creación espiritual de Dios —la única creación que realmente existe— es inmutable, armoniosa, está intacta y a la mano para percibirla.

¿Puedo ayudar de alguna manera?

Andrea Jenks McCormick

Apareció primero el 3 de noviembre de 2025 como original para la Web.

¿Alguna vez te has encontrado en medio de una situación angustiosa y no has sabido cómo responder? Tal vez escuchaste una discusión acalorada o viste a alguien comportándose groseramente bajo la influencia del alcohol. O quizá notaste que alguien luchaba contra una enfermedad o discapacidad.

Incluso si no hemos tenido nada que ver con lo que pasa, eso no hace que sea más fácil presenciar algo alarmante. Cuando los problemas llaman a la puerta de nuestra consciencia, podemos preguntarnos: “¿Hay alguna forma en que pueda ayudar?”.

Como imagen y semejanza del Amor, Dios, tenemos el instinto natural de querer traer paz y resolución dondequiera que veamos falta de armonía. Pero a veces tal vez dudemos de que podemos hacerlo, o sentimos que no es de nuestra incumbencia.

En la Ciencia Cristiana, he aprendido que no solo podemos ayudar, sino que también tenemos el deber de traer paz y curación a la humanidad, tal como el maestro cristiano, Cristo Jesús, ordenó a sus seguidores que hicieran. Él dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15); “Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10:8).

Algunas personas quieren y necesitan ayuda, pero es posible que otras no acepten la interferencia o pueden estar demasiado asustadas o enojadas como para pensar con claridad. Cuando me siento impotente o inútil en tal situación, he aprendido a recurrir a Dios en busca de respuestas, como indica la Biblia. Con humildad podemos preguntarle sobre el si, el qué, el cuándo y el cómo de ayudar a nuestro prójimo. La Biblia aconseja: “Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento. Reconócele en todos tus

caminos, y Él enderezará tus sendas” (Proverbios 3:5, 6, LBLA).

Qué reconfortante es saber que seguimos la dirección de Dios, no tratando de resolver el problema a través del razonamiento y el conocimiento humanos limitados. La Mente divina que es todo-conocimiento, todo-visión, todo-amor proporcionará las respuestas. Cuando reconocemos la omnipresencia de Dios y nos detenemos para escuchar Su voz, podemos esperar escuchar una respuesta cada vez, lo que trae resultados sanadores. La Biblia dice: “Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído” (Isaías 65:24).

Todo lo que Dios creó es bueno en gran manera, como dice Génesis 1:31. Puesto que Dios es infinito, nada es invisible o desconocido para Él, por lo tanto, podemos confiar en que cualquier cosa que necesite ser conocida, se conoce a través de la única Mente divina, que es otro nombre para Dios. Como reflejo de la Mente, el hombre expresa la inteligencia, el amor y el poder para hacer el bien en todo momento y en todas las situaciones. Jamás estamos separados de la gran sabiduría y guía de Dios.

En una ocasión, una pareja casada viajaba en la parte trasera de nuestro automóvil. Mi esposo y yo estábamos en el asiento delantero. De repente, comenzaron a pelearse a gritos, se acusaban y criticaban. Mi esposo y yo nos miramos desesperados. Mi primer instinto fue reprenderlos por su comportamiento inapropiado, pero sentí que no era asunto mío y pensé que probablemente me lo dirían.

Entonces me di cuenta de que estaba reaccionando a una mentira sobre el hombre de Dios, en lugar de ser obediente al Primer Mandamiento sabiendo que no hay poder aparte de Dios y Su ley de armonía. Así que escuché para recibir la guía de Dios, una respuesta de paz. Se me ocurrió escribir en un pequeño trozo de papel las dos primeras líneas de “Oración vespertina de la Madre”, un poema e himno de Mary Baker Eddy: “Gentil presencia, gozo, paz, poder, / divina Vida, Tuyo todo es” (*Escritos Misceláneos*, pág. 389).

Me acerqué sin mirar y les entregué el papel. Uno de ellos lo tomó e inmediatamente los gritos cesaron. Había paz y tranquilidad. Uno a la vez, cada uno se

disculpó muy suave y mansamente. Fue tan maravilloso ver cómo regresaba su verdadera naturaleza como hijos amorosos de Dios. El resto del día con ellos fue alegre y armonioso.

En otra ocasión, mi familia y yo visitamos un balneario en las Bahamas. Vimos mucha alegría y risas entre las familias allí, y me llenó de gratitud presenciar tal armonía. Pero toda la alegría terminó abruptamente cuando una niña pareció tener una convulsión y cayó a la acera de concreto, golpeándose la cabeza. El silencio cayó sobre la multitud que se reunió alrededor de la niña inconsciente. Todos se veían tristes y asustados por lo que acababa de ocurrir. Se llamó al personal de emergencia, pero tardaron un poco en llegar.

Yo sabía que lo que había visto no era de Dios. Recordé una reconfortante declaración en el libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*: “Esta es la doctrina de la Ciencia Cristiana: que el Amor divino no puede ser privado de su manifestación u objeto; que el gozo no puede convertirse en pesar, pues el pesar no es el amo del gozo; ...” (Mary Baker Eddy, pág. 304).

Mientras estaba allí con mi familia, mi hija se volvió hacia mí y me preguntó: “Mamá, ¿no puedes hacer algo al respecto?”. Debido a que soy practicista de la Ciencia Cristiana —alguien que ora con las personas para sanar cuando se le pide— mi hija estaba segura de que podría ayudar.

La Sra. Eddy deja en claro que, en general, los Científicos Cristianos no deben orar específicamente por alguien sin su permiso, así que seguí esa regla en este caso. Pero la confianza propia de un niño de mi hija en el bien me hizo darme cuenta de que tenía que haber una respuesta aparte de lo que presentaban los sentidos físicos. Me alejé de la escena para dirigirme de todo corazón a Dios en oración, para aquietar mi propio pensamiento y escuchar Su guía. Humildemente pregunté: “Padre, ¿hay algo que yo pueda hacer aquí?”.

La respuesta llegó al instante: “¡Sí!” Me alegró escuchar eso, así que le pregunté: “Padre, ¿qué necesito saber?”.

La respuesta del Todopoderoso llegó instantáneamente de nuevo: “Todo lo que sabes sobre Mí es cierto acerca

de Mis hijos”. Este fue un recordatorio para mantener claramente en mi propio pensamiento la verdad acerca de Dios y Su creación. ¿Estaba permitiendo que una imagen de enfermedad, emergencia o miedo desplazara ese profundo sentimiento de gratitud y armonía que abrazaba momentos antes? Sabía que podía orar por mí misma para aferrarme a esa certeza sanadora de Dios y ser testigo de su efecto.

Al igual que con la pareja en el auto, me di cuenta de que no necesitaba arreglar a una persona en apuros. Lo que necesitaba corregir era lo que estaba aceptando como realidad aparte de Dios. Comencé a afirmar en oración que Dios jamás hizo la enfermedad ni ningún otro mal, por lo que no era parte de Su reino. Esto calmó mis temores y me ayudó a encontrar paz acerca de la situación. Orar de esta manera me ayudó a darme cuenta de que todos ya están eternamente bajo el cuidado de Dios, y fue un privilegio para mí comprender y aceptar que ese gran hecho era la verdad en ese momento.

Lo que no es cierto acerca de Dios no puede ser verdad acerca de ninguno de Sus hijos, que son creados a Su imagen y semejanza. Esta es una verdad universal que abraza a todos, en todas partes. Estaba tan inspirada por la realidad espiritual de que Dios, el bien, tiene el control total que ya no podía aceptar la imagen de la enfermedad o el accidente como algo real.

No había orado por la niña específicamente, sin embargo, cuando regresé para estar con mi familia, el personal de emergencia estaba desatando a la niña de su camilla, ya que sus dedos habían comenzado a moverse y sus ojos se habían abierto.

De inmediato, todos, incluida la niña, volvieron a reír y alegrarse. Estaba muy agradecida por este rápido cambio para la niña y su familia. También estaba agradecida por la lección que aprendí sobre no dejar que mi comprensión de la realidad sea definida por la pretensión de falta de armonía de cualquier nombre o naturaleza. En el libro de texto de la Ciencia Cristiana leemos: “... nada inarmónico puede entrar en la existencia, porque la Vida es Dios” (*Ciencia y Salud*, pág. 228).

Entonces, cuando encontramos problemas entre nosotros, incluso si no se nos ha pedido ayuda, siempre hay algo que podemos hacer. Podemos volver nuestro pensamiento completamente a Dios y confiar en Él para que nos ayude a ver la paz que nunca puede perderse.

Como nos ordena la Sra. Eddy: “Amados Científicos Cristianos: Mantened la mente tan llena de Verdad y Amor que el pecado, la enfermedad, y la muerte no puedan entrar en ella. ... Los buenos pensamientos son una armadura impenetrable; revestidos con ellos estáis completamente protegidos contra los ataques de toda clase de error. Y no sólo vosotros estáis a salvo, sino que todos aquellos en quienes reposan vuestros pensamientos también son por ello beneficiados” (*La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y Miscelánea*, pág. 210).

Lidia con la devaluación al contemplar la creación de Dios

Daniel Bort

Apareció primero el 22 de enero de 2026 como original para la Web.

Al trabajar por más de cuarenta años como abogado, ocasionalmente me encontré con casos en los que las personas trataban, en ocasiones con éxito, que otros se conformaran o aceptaran acciones que normalmente no aceptarían. Una táctica que a veces usaban los instigadores se conoce como devaluación: el acto de sutil y gradualmente devaluar, en la mente de sus objetivos, las normas morales que prohibirían dichas acciones. La devaluación busca destruir lo que es bueno y verdadero; es una ofuscación destructiva y deshonestas.

Pero no es nada nuevo. La devaluación es, literalmente, el truco más antiguo de “El Libro”. El primer capítulo de la Biblia describe que todo lo que Dios ha creado es muy bueno. Pero en el segundo relato de la creación,

que aparece en capítulos posteriores, una serpiente en el jardín del Edén devalúa una norma moral —la obediencia a la ley de Dios— en el pensamiento de una habitante de ese jardín, Eva.

La Biblia dice que la serpiente era astuta. La serpiente comenzó cuestionando si la ley siquiera existía e insinuando que, si existía, no era un beneficio para Eva y que no tenía sentido obedecerla. Cuando Eva intentó defender la ley de Dios, la serpiente le dijo que Él la estaba engañando, ¡acusando a Dios de la mismísima cosa que la serpiente estaba haciendo! Y con esa táctica, convenció a Eva de que la privarían de algo deseable a menos que abandonara su norma moral. Hay que decir en su favor que Eva, lamentándose más tarde, reconoció que la serpiente la había manipulado para que creyera una mentira.

La devaluación representada por la serpiente es una especie de lo que Mary Baker Eddy, la Descubridora de la Ciencia Cristiana, denomina magnetismo animal. Ella escribe que el magnetismo animal “impulsa a la mente mortal a pensar en forma errada, y tienta a cometer actos ajenos a las inclinaciones naturales. Las víctimas pierden su individualidad, y se prestan como instrumentos voluntarios para llevar a cabo los designios de sus peores enemigos, aun aquellos que los inducirían a su autodestrucción. El magnetismo animal fomenta la desconfianza suspicaz en lo que se debe honrar, el temor donde más fuerte debería ser el valor, la confianza en aquello que se debería evitar, el creerse a salvo donde el peligro es mayor; ...” (*La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y Miscelánea*, pág. 211) ; precisamente el efecto que tuvo en Eva.

Durante mucho tiempo, creí que recibía una especie de consuelo de mi desprecio por ciertas figuras públicas que yo consideraba desvalorizaban la verdad, la humildad, la consideración y el respeto a la ley. Entonces, hace un par de años, empecé a darme cuenta de que, a través de ese desprecio, yo mismo estaba devaluando una norma moral: una que Jesús nos dio: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44).

Eso fue una llamada de atención que me alertó de la necesidad de dejar atrás el desprecio, pero fue difícil de obedecer. El progreso llegó por primera vez cuando me sentí inspirado a preguntarme si Dios amaba a los objetos de mi desprecio. El resultado fue sorprendente.

Simplemente hacer la pregunta empezó a cambiar la forma en que pensaba sobre ellos. La Biblia registra a Dios diciendo: “mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos —declara el Señor. Porque como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8, 9, LBLA). De modo que era necesario que abandonara mi percepción errónea de estas personas, que dejara de decir: “No, Dios, Tú no entiendes; *déjame decirte*: ¡Esa gente es horrible!”, y buscara conocer la percepción que Dios tiene de ellos como Sus hijos.

¿Crea Dios personas horribles? En *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, Eddy dice: “Los inmortales, o hijos de Dios en la Ciencia divina, forman una sola familia armoniosa; ...” pero también reconoce que “... los mortales, o los ‘hijos de los hombres’ en el sentido material, son discordantes y a menudo falsos hermanos” (pág. 444). En otra parte del libro, escribe: “El hombre real es espiritual e inmortal, pero los así llamados ‘hijos de los hombres’, mortales e imperfectos, son falsificaciones desde el comienzo, a ser desechadas a cambio de la realidad pura” (pág. 409).

Lo que Eddy comprendió tan claramente fue lo que Jesús sabía y enseñó: “La vida es espiritual. Tu existencia física no contribuye a esa vida. Las palabras que te he hablado son espirituales. Son vida” (Juan 6:63, God’s Word[®] Translation). Estas declaraciones nos dicen que la existencia material no es la vida verdadera. Y eso significa que Dios no la creó. Más bien, Dios, la Mente divina, concibe ideas perfectas y espirituales, y esas ideas —que por tanto deben ser divinas— constituyen la creación.

La pregunta entonces es: ¿Cómo voy a responder a ese hecho? Y específicamente, ¿cómo puedo amar a “esas personas”?

Es un alivio saber que ninguno de nosotros está obligado a generar amor o a traerlo de otro lugar para aplicarlo a una situación. En cambio, se nos pide reconocer que Dios es el Amor mismo, como nos dice la Biblia, y que Su amor ya está presente —es innato en cada uno de nosotros— porque “... el Amor divino no puede ser privado de su manifestación u objeto...” (*Ciencia y Salud*, pág. 304). Cada uno de nosotros, como creación del Amor, es tanto la manifestación como el objeto del Amor divino.

Ceder a esta verdad me ha permitido cada vez más —a pesar de las acciones perjudiciales y de mis reacciones a ellas— percibir el amor de Dios por ellos y por mí, y reconocer que eso significa lo que Dios conoce que somos, que es algo que yo puedo amar. Ha sido un paso de progreso que he recibido con agrado. No obstante, una parte esencial de ese amor —y para mí esto requiere un esfuerzo persistente— es abandonar mi antigua convicción de que existen egos malvados, porque no existe ego separado de la única Mente infinita, Dios.

Eso puede ser difícil, pero lo práctico al pensar en aquellos que podría considerar comprometidos por la devaluación. Me he dado cuenta de que no es mi función, desde una posición autoimaginada de sabiduría humana superior, iluminar o cambiar a nadie. Mi tarea es corregir humildemente mis propias percepciones de los demás y de mí mismo, basándome en lo que Dios sabe que somos, y comprender este hecho de *Ciencia y Salud*: “... en la Ciencia nunca puede decirse que el hombre tiene una mente propia, distinta de Dios, que es *todo* Mente” (pág. 204).

Piénsalo un momento. El hecho espiritual es que no existe un ego “[distinto] de Dios”, y por lo tanto ningún ego malvado que practique, se moleste o sea engañado por la devaluación. Eso me permite, cuando me siento tentado a pensar lo contrario, decirme a mí mismo, con autoridad y con buen efecto: “¡Eso no es mi pensamiento! Yo solo puedo ser consciente de lo que Dios conoce que es cada uno de Sus hijos”.

Esto no significa que ignoremos la pretensión de la devaluación. Al referirse a “el mal invisible para los individuos y la sociedad”, Eddy advierte: “Este método errado de encubrir el pecado a fin de mantener la

armonía, ha dado rienda suelta al mal, permitiéndole primero arder en rescoldos y luego estallar en llamas devoradoras. Lo único que pide el error es que lo dejen en paz; así como en la época de Jesús los espíritus inmundos clamaban: ‘Déjanos; ¿qué tienes con nosotros?’” (*Miscelánea*, pág. 211).

De modo que no debemos pasar por alto la devaluación. Pero cuando la exponemos y denunciemos, como la sabiduría divina nos brinde la ocasión de hacerlo, necesitamos verla nada más que como una creencia falsa y mortal, no como una creación de Dios ni ligada a ninguno de Sus hijos.

El sexto artículo de fe de la Ciencia Cristiana incluye nuestra solemne promesa de buscar la Mente que estaba en Cristo Jesús (véase *Ciencia y Salud*, pág. 497). Y Eddy nos dice algo de lo que esa Mente que Jesús expresaba, contemplaba: “Jesús veía en la Ciencia al hombre perfecto, que aparecía a él donde el hombre mortal y pecador aparece a los mortales” (*Ciencia y Salud*, págs. 476-477).

Ahora considero ese artículo de fe y la declaración que le sigue cuando me siento tentado a considerar a alguien como un mortal pecador que merece desprecio. En mis oraciones, prometo solemnemente velar y orar para ver y amar, en la Ciencia, solo lo que Dios sabe que son. Ponerlo en práctica es siempre un trabajo en desarrollo, pero cumple “la prueba de toda oración” (*Ciencia y Salud*, pág. 9) y ajusta un poco más el equilibrio de la consciencia humana hacia el lado del bien.

Me siento animado por la creciente convicción de que esto es una de las cosas más importantes que puedo hacer por el mundo.

Crecimiento profesional impulsado por Dios

Natalia Ángel Toro

Apareció primero el 20 de abril de 2026 como original para la Web.Original en español

Cuando Jesús instruyó a los setenta discípulos para que salieran y sanaran a los enfermos, como parte de su consejo les advirtió que no llevaran una bolsa para el dinero, ni que llevaran equipaje o calzado extra. Nada de esto sería necesario en el viaje y la misión que se les había encomendado. Su poderosa razón se expone en Lucas 10:7: “El obrero es digno de su salario”. Para mí, esto significa que todos vivimos bajo el gobierno de Dios, que pone a nuestra disposición la comprensión de que toda necesidad está satisfecha y que Su cuidado hacia nosotros es digno de confianza.

No hay nada más que Dios, el Amor divino, el Principio, que sostiene nuestro camino, que nos hace avanzar constantemente. Una comprensión espiritual del significado de la remuneración nos permite expresar cualidades en nuestro trabajo que aportan aprecio y provisión justa. Al habitar en Dios, nuestra provisión ya está asegurada.

Hace un tiempo estaba evaluando el crecimiento de mi carrera. La verdad es que sentía presión para dejar mi trabajo, dada la cantidad de tiempo que había dedicado a hacer lo mismo. Había adquirido habilidades y presentado exámenes para ascender a un puesto de mayor escalafón y obtuve las mejores puntuaciones durante este proceso. Sin embargo, cuando solo quedaba un trámite antes de que me nombraran para un nuevo puesto, hubo un cambio de dirección en la empresa y las nuevas personas al mando desestimaron mi solicitud sin ninguna explicación. Me quedé con una sensación de injusticia, hacia mí, mis compañeros y mis supervisores inmediatos; agravada por la contratación de nuevo personal, que los empleados existentes veían como un indicador negativo para una posible promoción.

Era una escena caótica y el ruido de la inconformidad me dejó claro que tenía que tomar una postura espiritual. Podría haber recurrido a medidas jurídicas

o quizá a mostrar mi molestia a través de otros medios. Pero a pesar de la turbulencia, conocer a Dios y comprender mi relación con Él me dieron las herramientas adecuadas para actuar desde la base de la Verdad y el Amor divinos, y la realidad del ser científico.

Le pedí a mi maestra de la Ciencia Cristiana que me apoyara mediante la oración, y estudié con dedicación los conceptos sanadores que se encuentran en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras* de Mary Baker Eddy. Fue de mucha ayuda encontrar un pasaje sobre el Ego divino, que incluye: “La Mente nunca entra en lo finito”. Y más adelante dice: “El Ego divino, o la individualidad divina, es reflejado en toda individualidad espiritual, desde lo infinitesimal hasta lo infinito” (pág. 336). Entonces, ¿cómo podría yo o cualquier otra persona definir el desarrollo profesional a partir de algo tan finito como las jerarquías humanas o cifras salariales?

Esto me animó a ver que, en realidad, tenía un balance de cualidades espirituales que habían sido beneficiosas no solo para mi familia y para mí, sino también para los muchos clientes de la entidad para la que trabajaba. Tuve un maravilloso sentimiento de gratitud al darme cuenta también de que la provisión siempre me acompañó y seguía acompañando mi recorrido; que su fuente no está en lo que denominamos “trabajo” y que, como Jesús enseñó, no necesito equipaje para cumplir con la labor que Dios, el empleador divino, ha establecido para mí.

Fue entonces cuando mi maestra me pidió que plasmara estas ideas en un escrito como prueba de mi progreso espiritual. A medida que seguía reflexionando sobre ellas, empecé a esperar con ilusión mis tareas diarias, que incluían confiar con total certeza que Dios, el Amor, cuida de mí, así como de todos nosotros.

Unos días después de escribir estas ideas, fui convocada para hacer una prueba de conocimientos en mi lugar de trabajo y luego, en un proceso muy expedito, recibí el ascenso que antes me habían denegado. Mi comprensión del crecimiento y el progreso ya no se centraba en las convenciones humanas de grado y rango. En cambio, poco a poco había ido comprendiendo que el nuevo puesto no era un fin en

sí mismo, y estaba lejos de ser el objetivo final. Al contrario, fue una de las muchas consecuencias de ceder a la comprensión del “salario divino” —o provisión espiritual— que nos pertenece a todos. Esto nos acerca al verdadero significado del trabajo, sabiendo con absoluta certeza que somos el reflejo de nuestro Padre-Madre Dios, y que el Amor infinito acompaña cada uno de nuestros pasos. Somos dignos de experimentar una alegría genuina en todo lo que hacemos.

Por esta experiencia, y por muchas bendiciones recibidas, doy gracias a Dios por la Ciencia Cristiana, Cristo Jesús, Mary Baker Eddy, mi maestra, y por todos los que apoyan la práctica de las enseñanzas de la Verdad.

BUENAS NOTICIAS

Nunca fuera del cuidado de Dios

Pedro Andrés Nordenstahl

Apareció primero el 8 de junio de 2026 como original para la Web. Original en español

He sido Científico Cristiano toda mi vida y testigo de muchas curaciones y pruebas del amor y la protección de Dios que he tenido. Di mis primeros pasos espirituales en la Escuela Dominical de la Ciencia Cristiana de mi iglesia en Buenos Aires, Argentina. Los conceptos espirituales que aprendí allí me ayudaron a comprender que mi Padre-Madre siempre está conmigo.

En los años 70, cuando aún estaba en la Escuela Dominical, me sentí inspirado a llevar siempre conmigo la Biblia y el libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, escrito por Mary Baker Eddy. Siempre que tenía un momento libre, me tomaba un tiempo para leer algunos pasajes de estos libros. Esto elevaba mi pensamiento y aportaba nuevas perspectivas a las situaciones de la vida diaria.

En esos primeros años de estudio de la Ciencia Cristiana, ocurrieron dos sucesos significativos que fortalecieron mi confianza en Dios y se convirtieron en la base de muchas más experiencias sanadoras en los años siguientes.

Una vez, estaba visitando Uruguay junto con otros estudiantes de la Escuela Dominical, y nos alojábamos con un miembro de la iglesia, cuando de repente, empezó una manifestación política frente a su casa. Teníamos que salir del departamento, pero era difícil y todos empezamos a sentir miedo.

En ese momento, me volví a Dios con todo mi corazón y me sentí inspirado a decirles a mis amigos que no miraran por la ventana, sino que oraran juntos el Padre Nuestro, que, según *Ciencia y Salud*, es la “oración que cubre todas las necesidades humanas” (pág. 16). Todos sentimos paz y confianza, y unos minutos después, la manifestación se disolvió y pudimos salir de la casa con seguridad. Realmente sentí que nunca estuvimos fuera del cuidado de Dios.

Unos años después, otra experiencia fortaleció mi comprensión espiritual. Vivía en el pueblo de Santa Teresa, en Santa Fe, Argentina, trabajando como gerente de una planta de acopio de cereales. Mi cuñado, que en ese momento era piloto de avión, me animó a aprender a volar. Me informó de que el costo de las horas de vuelo para obtener el brevet de piloto era muy asequible, ya que estaba subvencionado por el gobierno militar. Así fue como empecé a volar con un instructor en un pequeño avión, un Cessna 150. Después de varias horas volando con el instructor, él consideró que estaba listo para hacer mi primer vuelo en solitario. El aeroclub tenía dos pistas: una sin pavimentar con orientación este-oeste y otra pavimentada con orientación nortesur.

El objetivo del instructor era que volara solo e hiciera varias veces un “circuito tránsito”, que consiste en despegar y aterrizar repetidamente. Ni bien el avión tocaba tierra al aterrizar, se suponía que debía acelerar y despegar nuevamente.

Había llegado el día de probar esto. Como había practicado, rodé el pequeño avión hasta la cabecera de

la pista asfaltada, listo para despegar correctamente, contra el viento, que en ese momento era del norte.

Aceleré a fondo y despegué correctamente; pero ya en el aire, el viento empezó a venir del noroeste, con bastante más fuerza. Entonces tuve que elegir en cuál de las dos pistas intentaría aterrizar, porque las dos eran una posibilidad y en ambos casos tendría un fuerte viento cruzado.

Creendo que la pista de tierra era más blanda, intenté aterrizar en ella; pero ni bien las ruedas tocaron el suelo, el viento fuerte me sacó de la pista, por lo que aceleré a fondo para despegar nuevamente.

Completé el circuito tránsito por segunda vez e intenté aterrizar de nuevo, con el mismo resultado; el fuerte viento cruzado me sacó de la pista y tuve que despegar nuevamente.

Después de rebotar dos veces, tuve miedo de no poder aterrizar bien ni detener el avión. Seguir volando hasta quedarme sin combustible no era una opción. Además, el avión no tenía radio y no había teléfonos celulares en aquel entonces, así que no podía preguntarle al instructor qué hacer.

Desde arriba, miré hacia el hangar y vi al instructor cargando los matafuegos en la camioneta y dirigiéndose hacia la pista de tierra.

En ese momento, empecé a sudar frío, algo que nunca había experimentado antes. Era imprescindible que aterrizara el avión.

Recordé que “la necesidad extrema del hombre es la oportunidad de Dios”. Esto me ayudó a ver que, aunque la situación realmente parecía extrema, Dios es aún más grande. Él estaba conmigo. Muchos pasajes de la Biblia y de *Ciencia y Salud* me vinieron al pensamiento, y una sensación de calma me embargó. Sentí que Dios me guiaba claramente para apuntar el avión hacia la pista de tierra, y aterricé con seguridad. ¡Todos se alegraron! Finalmente, unos meses después, completé las horas necesarias de vuelo en solitario y pude rendir y aprobar el examen de piloto de avión monomotor. En los años siguientes, la idea sencilla pero profunda que aprendí

en la Escuela Dominical, de que nunca estoy fuera del cuidado de Dios, ha demostrado ser cierta.

BUENAS NOTICIAS

Las oraciones de una vecina abrazan a una familia

Karina Vanesa Conde

Apareció primero el 26 de enero de 2026 como original para la Web.Original en español

Cuando nos esforzamos por ver a todos como hijos de Dios, como inmortales, espirituales, que habitan para siempre en el amor infinito del Padre, entonces llevamos luz dondequiera que vayamos y abrazamos a los demás en el amor de Dios.

He llegado a comprender que el amor de nuestro Padre-Madre Dios celestial es la fuerza impulsora de mi vida. Como Amor divino, Dios nos guía y nos abraza a todos, y no podemos evitar expresar Su amor como Su reflejo. Como dijo Cristo Jesús: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder” (Mateo 5:14).

Hace algunos meses, vi las bendiciones que trae ser esa luz que no se puede ocultar. Una noche, mi esposo me llevó a la universidad donde estaba tomando clases nocturnas. De camino a casa, nuestro vecino lo llamó y le preguntó si podía llevarlo a él y a su pequeña hija, que estaba inconsciente, a una clínica de atención de emergencia a unas cuadas de distancia. Después de ser examinada, transportaron a la niña a un hospital cercano.

Cuando mi esposo vino a recogerme, su rostro expresaba mucha tristeza, así que no quise preguntarle qué había ocurrido. Esperé, con paciencia y amor, hasta que estuvo listo para hablar. Poco después, sintiéndose más tranquilo, me contó lo que les había pasado a

nuestros vecinos. Me pidió que hablara con ellos y que preguntara por la pequeña, que solo tenía unos tres o cuatro años.

Así que llamé a la tía de la niña, una joven con la que había conversado anteriormente sobre la Ciencia Cristiana. Me dijo que todos en la casa habían tenido un susto terrible. Sin embargo, mientras esperaba noticias sobre la niña y se sentía muy ansiosa, recordó algunas palabras de aliento que yo había compartido con ella durante un período en el que había tenido varios problemas y no podía dormir tranquila. Recordé que, en ese momento, le había hablado de Dios y la había animado a descansar en los brazos abiertos de su Padre-Madre Dios, confiando en que Su inmenso amor se ocupaba de todas sus necesidades. Le dije que esta vez no era diferente.

Al sentirse reconfortada por la certeza del cuidado continuo del Amor, decidió orar y acostarse, apoyándose en el abrazo de Dios y confiando en que su sobrina regresaría muy pronto y a salvo.

Y eso es exactamente lo que sucedió. Se estaba quedando dormida cuando alguien llegó a la puerta para contarle que la niña estaba en su casa, sana y salva.

Me dio mucha alegría escuchar que las pocas palabras que yo había compartido con mi vecina fueron como un rayo de luz, que, en un momento de gran necesidad, iluminó su conciencia y bendijeron a toda su familia.

Dondequiera que estemos, somos la luz del mundo, porque nuestra luz viene de Dios y brilla continuamente; y abrazamos a nuestro prójimo, a nuestras familias, incluso a los extraños —al mundo entero— en este amor.

La conexión más profunda

Melanie Wahlberg

Apareció primero el 27 de julio de 2026 como original para la Web.

Para muchos miembros de la iglesia es más fácil hablar del revolucionario descubrimiento de Mary Baker Eddy cuando se encuentran entre Científicos Cristianos. Nos sentimos cómodos en ese círculo.

Pero ¿podemos sentirnos tan seguros y libres cuando compartimos la Ciencia Cristiana en círculos más amplios?

En la oficina del Cuerpo de Conferenciantes escuchamos informes de cómo lo han estado haciendo ustedes; que con confianza comparten la Ciencia Cristiana con sus amigos, vecinos, familiares y compañeros de trabajo. Un elemento común en estos informes es la comprensión de que la Ciencia Cristiana es útil para todo el mundo. Esta Ciencia es universalmente sanadora y comprensible y, de hecho, revela nuestra salvación. Es por eso que compartir ideas es más fácil y muy natural cuando hemos reconocido que Dios es la única Mente.

Mary Baker Eddy explica en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*: “Cuando nos damos cuenta de que hay una sola Mente, se revela la ley divina de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos” (pág. 205). ¡Claro que sí! Tener la misma Mente que otra persona es tener una conexión profunda y significativa. Comprender y sentir esa conexión elimina las diferencias superficiales. Entonces, amamos lo suficiente a nuestro prójimo y de forma natural, como para superar la timidez o la vergüenza y hablar desde el corazón.

Debido a que Dios es también la Mente de nuestro prójimo, los conceptos de la Ciencia Cristiana en cierta medida ya son comprendidos; es algo innato para todos. He descubierto que, confiar activamente en que la misma Mente que me guía a mí guía a mi prójimo también, permite que pueda expresarme con mayor simplicidad, abierta y sinceramente.

Más que plantearle algo a alguna persona que tal vez pueda aceptar, o no, sería más bien algo así como

si alguien le mostrara a otra persona, un hermoso amanecer y luego ambos, estando juntos, disfrutaran y contemplaran ese momento.

Una miembro de una iglesia filial tuvo una experiencia similar al contemplar un amanecer junto a unos amigos. Ella y sus hijos pequeños participaban en varias actividades de juego y recreación para niños. Aunque las familias provenían de diferentes culturas y practicaban diferentes religiones, era evidente — por las conversaciones entre las madres— que todas ellas se tomaban la crianza de sus hijos muy en serio, y que eran genuinamente receptivas a las ideas de las demás, especialmente a las ideas espirituales. Al reconocer que la misma Mente amorosa las guiaba a todas, esta madre vio una oportunidad. Pidió a su iglesia que patrocinara una serie de conferencias de la Ciencia Cristiana; especialmente para abordar temas de interés para los padres. Este tipo de actividades no era algo que la iglesia filial hubiera hecho antes, pero la miembro se sintió inspirada por Dios para solicitarlo, y sus compañeros de iglesia estuvieron de acuerdo. Sabía que no sería su responsabilidad (ni siquiera la del conferenciante) tener que demostrar nada, ni cambiar la forma de pensar de la gente. Todos ya tenían la misma fuente infinita de sabiduría y guía.

La miembro de la filial tuvo la confianza de invitar a estas madres a las conferencias, y otros miembros siguieron su ejemplo invitando a otros padres en sus lugares de trabajo, en los colegios de sus hijos, etc. Al parecer, las invitaciones se dieron de forma tan natural, que tuvieron bendecida acogida, porque ¡la asistencia del público a las conferencias fue excelente! Nuevas ideas sobre este evento y también de *Ciencia y Salud* (tales como que Dios es un Padre-Madre amoroso, y que Dios es la única causa y el único creador), se convirtieron en puntos de referencia en las conversaciones de las madres a partir de entonces. Curiosamente, aunque esta serie de conferencias tuvieron un impacto duradero, la miembro de la iglesia sintió que había sido uno de los eventos más fáciles que ella había ayudado a organizar. No fue necesario hacer proselitismo ni animar al público para conseguir una audiencia interesada.

¿Cómo sucedió? ¿Qué nos capacita para encontrar oportunidades de compartir la Ciencia Cristiana? No es

talento personal ni carisma. No necesitamos sentirnos supercreativos, solo obedientes al impulso amoroso que nos llega de Dios, la Mente. Este impulso o inspiración es la misma influencia para el bien que Jesús expresó con constancia y tiene un nombre especial en los escritos de la Sra. Eddy. Es el Cristo.

Ciencia y Salud explica: “Cristo es la verdadera idea que proclama el bien, el divino mensaje de Dios a los hombres que habla a la consciencia humana” (pág. 332). El Cristo es muy práctico. Cuando sentimos la inspiración que sana un problema de larga data, encontramos el valor moral para mejorar una situación tensa en la oficina, o nos sentimos motivados a tener una conversación profunda con un vecino al que normalmente solo saludamos con la mano, eso es el Cristo. Es tan amorosamente eficaz y activo en 2026 como lo era en los tiempos de Jesús.

A veces, el impulso inicial al compartir la Ciencia Cristiana tiene un resultado diferente al que esperábamos. Por ejemplo, en un intento por responder a amigos hispanohablantes, en búsqueda de ideas espirituales, una Científica Cristiana memorizó varios pasajes de la Biblia en español, que no era su lengua materna. El propósito original (pensó ella) de esta actividad impulsada por el Cristo era crear un video sobre la curación de la Ciencia Cristiana que llegara a todas las personas de habla hispana a través de internet. Aunque ella ya sabía algo de español, el lenguaje bíblico en español le era desconocido. Aprender los versículos no le resultó fácil. Cuenta que hubo momentos en los que pensó: “¡Voy a tardar una eternidad! ¿Valdrá realmente la pena?”. Pero su deseo de llegar a la gente con el mensaje de la Ciencia Cristiana la hizo seguir adelante. Saber que era inspirada por la misma Mente que aquellos potenciales espectadores hispanohablantes, le dio ímpetu a su trabajo.

Finalmente, consiguió memorizar los versículos. Aún faltaba tiempo para la grabación del video, pero en un viaje, que no tenía relación alguna con el video, la recogió un conductor que solo hablaba español. Era un buscador espiritual listo para dar el siguiente paso en su camino. La Científica Cristiana no podía creer lo bien que los versículos de la Biblia se adecuaron a su conversación sobre la Ciencia Cristiana y con

qué facilidad los expresaba. Fue capaz de hablar con profunda sinceridad a alguien a quien ni siquiera estaba esperando conocer. Cuando llegaron al destino, el conductor le dio su teléfono y le dijo en español: “¡Ok, compártame todo!”. Ella compartió con él muchos recursos en línea, incluida una lista de las próximas conferencias que serían ofrecidas en su zona. Y, por supuesto, la interacción con esta persona la ayudó a que la sesión posterior, del video que tenía pensado, también fuera auténtica y útil.

Puede que lo más obvio que tenemos en común cuando interactuamos con otras personas sea el idioma que hablamos, o el deporte que practicamos (dicen que se comparte mucho la Ciencia Cristiana en las canchas de *pickleball*) o el lugar en el que trabajamos. El Cristo impulsa esos vínculos comunitarios, brindándonos oportunidades naturales para compartir la Ciencia Cristiana. Entonces descubrimos que la conexión más profunda y duradera, ya estaba ahí: somos hijos del mismo Dios, inspirados por la misma Mente.

Así que, aunque hablemos de formas de conectar o interactuar de manera natural con nuestro prójimo cara a cara, incluso en la era tecnológica actual, es bueno recordar que la conexión real e inquebrantable ya está presente y siempre lo ha estado.

Se podría decir que la unidad de cada individuo con la Mente divina, el Amor divino, es la conexión suprema, y esta permite (de hecho, garantiza) la conexión con los demás. Esto se puede evidenciar en conversaciones inesperadas, o quizá en una espontánea oportunidad de poder ayudar a otra persona, o cuando alguien dice haber asistido a una conferencia “sin saber por qué estoy aquí”. El Cristo impulsa los actos que se asemejan a conexiones comunitarias, y la naturaleza misma de la Mente divina única, asegura que la conexión real ya existe.

¿Qué pasa si nos sentimos inspirados, pero nos resulta difícil desviar la conversación de los comentarios amables cotidianos a algo fundamental que nos ayudará de verdad? ¿Y si nos cuesta incluso entablar una conversación? A veces parece que sentimos que esta resistencia viene de dentro. ¿Desea mi vecino de verdad oír hablar de mi religión o de la charla

que organiza mi iglesia? Puede que no, pero he descubierto que el Cristo nos ayuda a superar la visión limitada de la Ciencia Cristiana como denominación religiosa y a comprenderla como la Ciencia del ser, una descripción de la realidad. Este reconocimiento elimina la incomodidad y la reemplaza con un afecto y respeto genuinos hacia la persona con la que hablamos.

El amor de la Ciencia construye algo, ¿verdad? ¡Despierta nuestra valentía moral innata! La propaga y puede aportar energía a un diálogo que va más allá de como hablaríamos normalmente. Se trata de apoyar la experiencia de alguien con Dios en tiempo real. En el proceso, puede que nos demos cuenta de que la gente tiene más curiosidad e interés del que pensábamos, o que el bien que sentimos y por él que nos esforzamos por vivir como testigos de Dios, es muy importante y necesario.

Este anhelo profundo de experimentar una sola Mente, junto con la actividad inspirada por el Cristo, resulta en curación. *Ciencia y Salud* dice: “Cristo, como la idea espiritual o verdadera de Dios, viene ahora, como antaño, predicando el evangelio a los pobres, sanando a los enfermos y echando fuera los males” (pág. 347).

Este año, la oficina del Cuerpo de Conferenciantes ha recibido informes de curaciones de tendinitis, lesiones de espalda, dolor abdominal, un crecimiento anormal, problemas de movilidad, fatiga crónica y mucho más. Estas curaciones ocurrieron durante las conferencias o como resultado del trabajo de oración realizado antes y después de estas. Muchas gracias por su parte vital en la actividad de conferencias de la Ciencia Cristiana. ¡Estamos deseando trabajar con ustedes el próximo año!

Melanie Wahlberg

Gerente del Cuerpo de Conferenciantes de la Ciencia Cristiana

Cuando no tenía ganas de hacer mis deberes

Jenny Sawyer

Apareció primero el 3 de noviembre de 2025 como original para la Web.

La escuela había terminado por el día. En la mesa de la cocina, tenía un plato de rodajas de manzana y mantequilla de maní, mi refrigerio favorito después de la escuela. También tenía un montón de tareas. La pila era grande. Y me daba miedo.

Generalmente, me gustaba la escuela. Con frecuencia, *no* me gustaban los deberes. Por la tarde, prefería andar en bicicleta con mi hermana o saltar en el trampolín de mi vecino. Pero no había tiempo para divertirse hasta que terminara mi tarea, y cuanto más pensaba en eso, más gruñona me sentía.

Los refunfuños llegaron como nubes de tormenta, solo unos pocos al principio, pero mis pensamientos rápidamente parecieron nublados y pesados. ¡Ahora tenía menos ganas aún de hacer mi tarea!

Pero entonces sucedió algo: las nubes se abrieron. Como un destello de luz solar que se filtra, de repente recordé una idea de la que habíamos hablado en mi clase de la Escuela Dominical de la Ciencia Cristiana. Se trataba de elegir qué pensamientos dejamos entrar en nuestra puerta mental. Los buenos, que vienen de Dios, los podemos dejar entrar. Estos son pensamientos como la esperanza, la alegría, la obediencia y el deseo de ser y hacer el bien. Los pensamientos negativos, como la frustración, la procrastinación, el miedo o la falta de motivación, podemos bloquearlos de nuestra casa mental en lugar de invitarlos a entrar.

Habíamos leído un pasaje de lo que mi maestra llamó el libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, escrito por Mary Baker Eddy. Esto es lo que dice: “Sé el portero a la puerta del pensamiento. Admitiendo sólo las conclusiones que desees que se

realicen en resultados corporales, te gobernarás armoniosamente a ti mismo” (pág. 392).

¿Podía realmente elegir cómo me sentía acerca de mi gran pila de tareas? Al principio, la idea parecía un poco extraña. Pero recordé que estaba acostumbrada a escuchar a Dios acerca de muchas otras cosas, y que cada vez que lo hacía, tenía ideas o sentimientos más felices o valor o lo que necesitara, y eso siempre cambiaba la situación. Era mucho mejor escuchar a Dios que lo que pensaba que sentía o lo que todos los demás decían sobre algo.

Entonces, ¿qué estaba diciendo Dios sobre mi tarea? El primer pensamiento que tuve cuando hice esa pregunta fue que siempre me gustó aprender cosas nuevas. Eso era cierto. ¡Pop! Sentí que una de esas nubes de tormenta mental desaparecía. Otra idea que surgió fue que hacer lo correcto siempre me hacía sentir bien y en paz. Sabía que eso también era cierto. ¡Pop! Otra nube se fue.

Mientras escuchaba los pensamientos de Dios, me pareció natural abrir una de mis tareas y comenzar a trabajar en ella. Ya no parecía tan malo, y lo hice más rápido de lo que esperaba. Muy pronto, mi trabajo terminado se había acumulado y había acabado todas las tareas de la tarde. No podía creerlo. No solo porque había pasado mucho más rápido de lo que esperaba, sino porque incluso me había divertido un poco haciéndolo todo.

Esto no quiere decir que después de eso siempre me encantara mi tarea. Pero aprendí una lección importante que me ha ayudado de muchas maneras, incluso más allá de la tarea. Aprendí que Dios es *siempre* el mejor lugar para obtener nuestra información sobre cómo nos sentimos y qué pensamos. Y podemos contar con Él cuando necesitamos motivación, alegría o cualquier otra cosa que podamos necesitar, en la escuela o fuera de ella.

Dios me guio a una pasantía

Canon Church

Apareció primero el 1º de diciembre de 2025 como original para la Web.

El tercer año de universidad puede ser difícil. La vida comienza a ponerse seria: Ves que algunos de tus amigos y compañeros cercanos tienen éxito en la vida; a veces en áreas donde sientes que te falta algo. Mamá y papá preguntan repetidamente si solicitaste pasantías y cómo quieres que sea tu vida después de la etapa de graduación.

La idea de pasar mi último verano universitario en un restaurante de comida rápida por cuarto año consecutivo hizo que mi mente se acelerara con la ansiedad. Sentí que mi vida profesional terminaría incluso antes de que comenzara si no conseguía una pasantía de verano.

Durante la primera mitad de mi tercer año, recibí la bendición de tener la oportunidad de estudiar en el extranjero, en Madrid. Pero incluso mientras disfrutaba de mi tiempo allí, exploraba la ciudad y conocía gente nueva, conseguir una pasantía nunca estuvo lejos de mi pensamiento. Cuando escuché que un amigo cercano había solicitado cuatro pasantías en tan solo una noche, comencé a compararme con él y no me sentí bien.

Una de las primeras cosas que recuerdo haber aprendido en la Escuela Dominical de la Ciencia Cristiana fueron los Diez Mandamientos de la Biblia, y esta situación me recordó el Décimo Mandamiento: “No codiciarás” (Éxodo 20:17). Codiciar significa sentir envidia o querer lo que otra persona tiene. Si bien fue fácil para mí entender esto intelectualmente, fue difícil no sentir envidia, ya que mis propios planes aún no estaban claros.

Sin saber qué buscar y dónde quería terminar, intenté desesperadamente conseguir un empleo. Después de

solicitar innumerables pasantías y obtener nada más que silencio radiofónico, tenía aún más miedo.

Una noche, me sentía abrumado, sin un sentido claro de dirección. Así que llamé a mi mamá para pedirle consejo.

Después de escucharme despotricar por un tiempo, me tranquilizó con un par de ideas conocidas y útiles de la Ciencia Cristiana: que todo estaba bien y que encontraría mi lugar correcto. Ella sugirió solicitar una pasantía en La Primera Iglesia de Cristo, Científico, en Boston, y lo pensé un poco. Antes de colgar el teléfono, también compartió esta idea de *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras* de Mary Baker Eddy: “En la Ciencia no hay lugar ni oportunidad para error de ninguna clase” (págs. 232-233).

Al principio, le di las gracias, pero lo ignoré. Mi mente todavía estaba invadida por la preocupación. Pero después de terminar la llamada, caminé por la ciudad y dejé madurar la idea de que no puedo estar en ningún otro lugar que no sea mi lugar correcto.

Había estado sintiendo que tal vez había algo mal conmigo porque aún no había descubierto qué debería estar haciendo. Pero se me ocurrió que Dios me creó y soy totalmente individual y que no hay que avergonzarse si toma tiempo comprender mi identidad espiritual y quién soy realmente. También recordé de mi estudio de la Ciencia Cristiana que nada ni nadie es imperfecto, porque Dios es perfecto y nos creó a Su imagen y semejanza. Dios también nos guía constantemente a cada uno de nosotros, así que no tenía que estresarme ni tener miedo.

Basado en esta nueva comprensión, presenté mi solicitud para hacer una pasantía en Boston como mi madre había sugerido. Después de obtener la confirmación de que la habían recibido, me invadió una ola de serenidad. Todas mis preocupaciones anteriores sobre dónde terminaría se desvanecieron por completo, y para cuando terminé mi segunda entrevista, estaba seguro de que este era exactamente el lugar en el que necesitaba estar.

La incertidumbre puede parecer desalentadora, pero es posible superarla apoyándose en Dios, el bien, y

sabiendo que Él tiene las riendas. Ahora realmente sé que siempre estoy en mi lugar correcto.

Sanada de dolor menstrual mensual

Stefania Passaglia

Apareció primero el 5 de marzo de 2026 como original para la Web. Original en español

Durante mi adolescencia prácticamente no había tenido dolor a causa de la menstruación. Solo hace algunos años comencé a tener molestias más seguido. Cada vez que mis amigas comentaban sobre los síntomas relacionados con sus ciclos menstruales, yo hacía comentarios negativos acerca de lo que significa ser mujer. Me había aferrado a la creencia general de que ese dolor era algo normal, y que todas las mujeres estamos sujetas a sufrir una vez al mes.

Parecía fácil creer que el “pecado original” de Eva de comer el fruto que Dios había prohibido había condenado a todas las mujeres al dolor menstrual. Los medios nos dicen constantemente que tenemos fallas y que la incomodidad mensual es normal. Quizá fueron estos pensamientos, y mi falta de constancia para contrarrestarlos, los que me llevaron a creer que no había mucho que yo pudiera hacer contra esas molestias. Me había rendido a lo que creía que era mi destino.

Un domingo en la madrugada me despertó un dolor intenso en el área abdominal. No podía moverme libremente, ni sentarme ni acostarme boca abajo. Ese día tenía la responsabilidad de cubrir a una de mis compañeras en el trabajo, pero no me sentía lo suficientemente bien como para ir. Me atacó una oleada de pensamientos negativos: angustia por ser mujer, culpa por no poder asistir al trabajo y miedo de que la gente me considerara irresponsable si no lo hacía. Tenía claro que todo ese panorama mental no favorecía

ni contribuía a la curación. Si hubiera hablado con mis amigas sobre ello, me habrían recomendado medicina para aliviar el dolor. Pero yo quería una curación permanente, no un alivio temporal, y estar en paz, con esa falsa creencia eliminada de mis pensamientos.

En vez de contactar a mi jefe y pasar otro día en la cama, decidí poner fin a la situación y orar por mí misma. Crecí con la Ciencia Cristiana y había sentido el poder de la oración, por eso tenía la completa certeza en su eficacia. En incontables ocasiones había logrado vencer el mal con el bien afirmando que era perfecta, sin defecto ni falla alguna, el reflejo de la naturaleza espiritual de Dios. Él nunca había abandonado a nadie al destino de la existencia material. Por lo tanto, ni yo, ni ninguna otra mujer teníamos por qué sufrir.

Noté que cuando estudio y profundizo para comprender mejor la naturaleza de Dios y nuestra relación inseparable con Él, así como muchas de las enseñanzas que aprendí en la Escuela Dominical y que continúo aprendiendo en nuestras Lecciones Bíblicas semanales, no queda duda alguna sobre el poder sanador de Dios y de la Ciencia Cristiana. Orando con estas ideas, nada llega a nublar mi visión de la creación espiritual de Dios, ni de la forma en que Él nos creó.

Mientras oraba por mí misma, pensaba en “la declaración científica del ser” en Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras de Mary Baker Eddy. La primera frase de la afirmación declara: “No hay vida, verdad, inteligencia ni sustancia en la materia” (pág. 468). Yo razonaba: “Si en la materia no hay inteligencia, ¿cómo puede mi cuerpo decirme que algo duele? ¿Cómo puede el cuerpo comunicarme eso?”. La respuesta era tan obvia que no me sorprendí cuando pensé: “No puede”. Si los sentidos materiales son producto de las llamadas leyes de la materia, y mi ser es espiritual, no puedo sentir dolor. El dolor solo manifiesta la creencia de estar separado de Dios, y como Su reflejo, soy una con Dios, incapaz de cualquier perturbación.

Otro pensamiento que se me ocurrió se relacionaba con la referencia de la Sra. Eddy en Ciencia y Salud a la inteligencia como “omnisciencia, omnipresencia y omnipotencia” (pág. 469). Razoné que, si Dios es omnisciente y lo sabe todo, y llena todo el espacio y es

todopoderoso, entonces la materia y el dolor no pueden existir; ni siquiera hay un milímetro de espacio para ellos en la creación espiritual.

“La declaración científica del ser” también declara: “Todo es la Mente infinita y su manifestación infinita, pues Dios es Todo-en-todo” (pág. 468). Cada uno de nosotros, como manifestación infinita de la única Mente, refleja salud y armonía.

Al confiar en estas simples verdades, rápidamente pude librarme del dolor. Fue una curación prácticamente instantánea. Pude cumplir con mis responsabilidades laborales ese día sin recaídas, y me libré de la culpa que me afligía.

Hoy, varios años más tarde, sigo libre de malestares. Estoy infinitamente agradecida a Dios por siempre levantarme y mostrarme lo que necesito ver y entender, y también a la Sra. Eddy por seguir a Cristo Jesús y dedicar su vida a compartir su descubrimiento de la Ciencia Cristiana —el descubrimiento más significativo de todos los tiempos— con el mundo.

Stefania Passaglia

Buenos Aires, Argentina

Curación de rodilla en una caminata por la montaña

Jerry McIntire

Apareció primero el 9 de febrero de 2026 como original para la Web.Original en español

Aprecio profundamente los mensajes salvadores de Cristo, que Mary Baker Eddy, la Descubridora y Fundadora de la Ciencia Cristiana, define como “la verdadera idea que proclama el bien” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 332). Estas claras ideas espirituales me llevaron a una curación mientras hacía senderismo por una zona remota de los Andes en Sudamérica. Al recurrir al verdadero sentido de mí

mismo como espiritual y al poder orientador de Dios, pude soltar el miedo y honrar la presencia de Dios con cada paso que ascendía.

Había estado haciendo senderismo solo de un refugio a otro por un paso de montaña, cuando sentí un dolor agudo y mi rodilla se aflojó. Me detuve para reflexionar y orar, porque la oración, como aprendí en la Ciencia Cristiana, es poderosa cuando nos volvemos a Dios como el bien absoluto. Pensé en una curación que experimenté como corredor cuando reconocí que era el poder de Dios lo que hacía posible cada paso. Centrando mi pensamiento en que Dios es mi inteligencia y poder, y en la gratitud hacia Dios, continué subiendo el paso.

Esta perspectiva más pura sobre lo que hacía —al confiar y glorificar a Dios— detuvo la sensación de lesión y dolor en la rodilla. El cambio fue inmediato. Crucé el paso, continuando hacia mi destino esa misma tarde con total libertad. Me ha encantado volver a esta verdad sobre cómo Dios fortalece mis pasos en los viajes de mochilero que hice posteriormente por los Andes y en Norteamérica.

La gran fortaleza que obtuve de esta curación es la confianza en que Dios siempre está conmigo, protegiéndome, ya sea que camine solo o acompañado, tenga o no señal de celular, etc. Aprecio profundamente los ejemplos de Cristo Jesús y Mary Baker Eddy, que nos muestran que “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Salmos 46:1).

Jerry McIntire

Port Townsend, Washington, EE. UU.

Agradecida por curaciones recientes

Shannon Woolley

Apareció primero el 23 de febrero de 2026 como original para la Web.

Quisiera expresar mi gratitud a Dios por algunas curaciones recientes. El invierno pasado empecé a tener síntomas de gripe. Enseguida me di cuenta de que había estado albergando cierta frustración hacia un familiar por haberme pedido ayuda con el cuidado de sus niños cuando estaban enfermos. Me comuniqué con un practicante de la Ciencia Cristiana para que me ayudara a superar esto. También me di cuenta de que había estado abrigando pensamientos de justificación propia respecto a la forma en que este familiar manejaba su casa en comparación con la manera en que mi marido y yo llevábamos la nuestra. Ahora sentía que en realidad no me importaba sanar los síntomas de gripe; simplemente quería liberarme de esos pensamientos.

Nuestra Guía, Mary Baker Eddy, aconseja a los miembros de La Iglesia Madre que oren a diario para liberarse de los pensamientos condenatorios, entre otras cosas (véase *Manual de La Iglesia Madre*, pág. 40). La atención extra que había estado prestando a este requisito diario me llevó a desear liberarme de este error.

El practicante me ayudó a ver que cuando escuchamos mensajes de Dios, la parte más importante de ese hermoso don es lo que hacemos a continuación: cumplir con lo que hemos escuchado. Al amar a Dios se me darían las respuestas sobre lo que necesitaba hacer para dejar atrás esos sentimientos. Simplemente estar quieta y amar a Dios.

Pronto me entregué por completo a Dios y a Su presencia. Le agradecí cuánto me amaba y por la oportunidad de estar en la vida de este familiar y de ayudarla con cariño cuando ella lo necesitaba. Las lágrimas fluyeron al sentir la presencia de Dios, y Su amor llenó mi conciencia. No oraba para sanar los síntomas de la gripe; simplemente amaba a Dios por lo

que es y hace. Poco después, noté que todos los síntomas habían desaparecido.

Dos semanas más tarde, otro familiar que había estado lidiando con síntomas de gripe me llamó para pedirme ayuda. Fui a su casa para leerle literatura de la Ciencia Cristiana y prestarle atención práctica durante unas horas. Sentía firmemente que estaba protegida en este trabajo y no sufriría ningún efecto negativo como consecuencia. La irrealidad de esta pretensión de gripe se había establecido con mucha más firmeza en mi pensamiento mediante la curación anterior.

Días después, durante un servicio religioso muy inspirador, escuché la sugestión: “Deberías enfermarte ahora porque ya hace unos días que estuviste cerca de [ese familiar]”. Rápidamente negué esto y recordé el caso alegórico en el libro de texto de la Ciencia Cristiana, donde un hombre es “juzgado” en el “Tribunal del Error” por haber ayudado a un amigo enfermo. Luego desarrolla una enfermedad “que se estima que... se castiga con la pena de muerte”. Dentro de la alegoría, el caso se traslada al “Tribunal del Espíritu”, donde “El hombre es considerado inocente de trasgredir las leyes físicas, puesto que no existen tales leyes” (véase Mary Baker Eddy, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, págs. 430-442). Yo quería estar alerta y participar en el servicio sanador. Sabía que no podía ser atacada debido a un acto de amor.

Tenía una gran responsabilidad al día siguiente que sería muy difícil de manejar con los síntomas de gripe. Después del servicio religioso, a medida que los síntomas y el miedo aumentaban, oré durante unas horas preguntándole a Dios qué necesitaba saber, cómo debía manejar esta creencia. Las palabras “No doy mi consentimiento” llegaron con fuerza a mi conciencia. De hecho, tan fuertemente, que claramente no era mi propio pensamiento. Fue uno de esos momentos en los que el Cristo, la Verdad, habla y defiende, y le permitimos que transforme nuestro pensamiento. Después de eso, el temor me abandonó y seguí con las actividades. En menos de treinta minutos, todos los síntomas desaparecieron por completo.

Un mes después volví a tener síntomas de resfriado después de ayudar a un familiar en su casa otra vez

cuando no se encontraba bien. En esta ocasión, pensé en la forma en que la Sra. Eddy describe cómo sanaba Jesús: “Jesús veía en la Ciencia al hombre perfecto, que aparecía a él donde el hombre mortal y pecador aparece a los mortales. En este hombre perfecto el Salvador veía la semejanza misma de Dios, y esta manera correcta de ver al hombre sanaba a los enfermos” (*Ciencia y Salud*, págs. 476-477).

Me di cuenta de que ese familiar era el “hombre perfecto” al que se refería esa descripción, y busqué todas las formas en que ella expresaba el bien y cómo Dios la veía perfecta. En 15 minutos todos mis síntomas de resfriado desaparecieron.

Hubo una ocasión más en la que me aparecieron síntomas de resfriado y gripe por esa época. Sin embargo, todas las experiencias previas, así como mi “claro sentido y calma confianza” (*Ciencia y Salud*, pág. 495) de que estas no eran realidades que debía combatir, sino sugerencias que de ninguna manera tenía que aceptar, permitieron que se sanaran rápidamente. Simplemente perdieron su efecto abusivo sobre mí.

Como alguien que ha luchado contra resfriados o gripe durante muchos años, estas curaciones han sido muy gratificantes y me han dado mucha confianza. Sé que un factor que contribuyó a este avance del pensamiento ha sido el servicio desinteresado en la iglesia: estar dispuesta a servir de formas nuevas y exigentes.

Mi gratitud por esta Ciencia, por nuestro Maestro, Cristo Jesús, y por nuestra Guía por iluminar el camino hacia una mejor comprensión de Dios y Su idea espiritual, el hombre, no tiene límites.

Shannon Woolley

Hudson, Ohio, EE. UU.

No más problemas del corazón ni condenación propia

Bill Flatley

Apareció primero el 13 de abril de 2026 como original para la Web.

Comparto este testimonio con un corazón agradecido. Mary Baker Eddy nos guía en tiempos de necesidad con el siguiente pasaje de *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*: “No hay metástasis, no hay interrupción de la acción armoniosa, no hay parálisis. La Verdad no el error, el Amor no el odio, el Espíritu no la materia, gobierna al hombre. Si los estudiantes no se sanan prontamente a sí mismos, deberían acudir sin demora a un Científico Cristiano experimentado para que los ayude. Si no están dispuestos a hacer esto para sí mismos, sólo necesitan saber que el error no puede producir esta renuencia innatural” (pág. 420).

Durante varios años, mi corazón a veces latía con fuerza o palpitaba de forma inesperada. Como había aprendido a detener las palpitaciones usando una técnica de respiración hasta que el corazón volviera a la normalidad, el problema me molestaba más de lo que tenía miedo, así que tendía a ignorarlo. Al recordar ese periodo, veo que mi actitud era la de una “renuencia innatural”. Había estado desatendiendo el problema e incluso aceptándolo como algo normal en lugar de tratar —y destruir— la pretensión de que un problema es infundado, como podemos hacer al poner en práctica las enseñanzas de la Ciencia Cristiana.

Entonces, una noche hace más de cuatro años, mi corazón empezó a latir descontroladamente y me costaba respirar. Tuve mucho miedo; mi técnica habitual para detener las palpitaciones no funcionó.

Sabía que mi primer paso para darme a mí mismo un tratamiento de la Ciencia Cristiana era disipar el miedo. De inmediato, pensé en “la declaración científica del ser”, que se encuentra en la página 468 de *Ciencia y Salud*. Orando desde el punto de vista de que “no hay vida, verdad, inteligencia ni sustancia en la materia. Todo es la Mente infinita y su manifestación infinita,

pues Dios es Todo-en-todo”, encontré algo de alivio y seguí orando con fervor. Al mismo tiempo, sin embargo, también me reprochaba a mí mismo por haber vivido con esta dolencia durante tanto tiempo.

Muchas citas tanto en *Ciencia y Salud* como en la Biblia fueron muy útiles. Un pasaje de *Ciencia y Salud* decía: “Dios es tan incapaz de producir el pecado, la enfermedad y la muerte como de experimentar estos errores. ¿Cómo es posible, entonces, que Él haya creado al hombre para que estuviera sujeto a este trío de errores, —el hombre que está hecho a la semejanza divina—?...

“Con toda justicia, debemos admitir que Dios no castigará al hombre por hacer lo que Él creó al hombre capaz de hacer, y que sabía de antemano que el hombre haría. Dios es ‘muy limpio... de ojos para ver el mal’. Sostenemos la Verdad, no aceptando, sino rechazando una mentira” (págs. 356-357).

Esto me liberó de la autocondena —de cualquier sentimiento de que yo merecía ser castigado— por mi anterior inacción, y me recordó que el problema podría verse como la idea errónea de que un corazón tiene algún poder sobre la Vida, Dios.

La palabra *corazón* aparece más de cien veces tan solo en el libro de los Salmos, y ver el concepto de corazón desde una perspectiva espiritual puede ayudarnos en tiempos de angustia. He aquí dos citas que me ayudaron a calmar mi temor, al elevar mi pensamiento a un nivel espiritual y permitirme tener dominio durante los siguientes días: “A ti, oh Señor, elevo mi alma... Las angustias de mi corazón han aumentado; sácame de mis congojas”, y “Esforzaos, y aliéntese vuestro corazón, todos vosotros que esperáis en el Señor” (Salmos 25:1, 17; 31:24, LBLA).

En mis oraciones, sabía que no estaba informando a Dios de que necesitaba liberarme de una condición, ya que entendía que Dios, el Espíritu, no sabe nada sobre las enfermedades, lesiones ni anomalías. De mis numerosas curaciones en la Ciencia Cristiana, he aprendido de primera mano que no se trata de cambiar la materia de mala a buena. Por supuesto, quería una curación permanente, pero sabía que esta solo llegaría al comprender que soy totalmente espiritual y estoy incluido en la totalidad de Dios, en la cual

la materia, lo opuesto al Espíritu, es irreal y, por lo tanto, desconocida. Esto significa que no puede haber “ninguna interrupción de la armonía ni retorno a ella”, como se afirma en *Ciencia y Salud* (págs. 470-471). Siempre estoy protegido en el Amor divino, y “no temeré; ¿Qué puede hacerme el hombre?” (Salmos 56:4).

Durante los días siguientes, el tratamiento de la Ciencia Cristiana por parte de diferentes practicistas de la Ciencia Cristiana (en distintos momentos) fue un gran apoyo para ayudarme a tomar conciencia de la realidad espiritual, lo que me trajo alivio. Hablamos del hecho de que mi vida es completamente espiritual y que el Dios omnipotente, el bien, nunca me pondría en una situación en la que ni Él ni Su creación pudieran enfrentarse a un adversario más poderoso que Él. Me puse totalmente de acuerdo con lo que es verdad sobre Dios. Las palpitaciones disminuyeron a medida que aumentaba mi comprensión de la totalidad de Dios.

Durante las semanas siguientes, las palpitaciones más leves se manifestaron solo de forma esporádica hasta desaparecer por completo. Ya no usé métodos de respiración para tratar de detenerlas, sino que mantuve mi postura al comprender que este asunto era una ilusión a la luz de la totalidad de Dios. Desde entonces, no he vuelto a experimentar este problema en los muchos años que han transcurrido.

Estoy muy agradecido de contar con la Ciencia Cristiana, que me permite demostrar que “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Salmos 46:1).

Bill Flatley

Hancock, New Hampshire, EE. UU.

Rotación de cargos en la Administración Fideicomisaria

Administración Fideicomisaria de La Sociedad Editora de la Ciencia Cristiana

Apareció primero el 25 de mayo de 2026 como original para la Web.

Anunciamos un cambio en la Administración Fideicomisaria de La Sociedad Editora de la Ciencia Cristiana. El 15 de mayo de 2026 Arcadia Nones, CSB, dejará su puesto en la Administración Fideicomisaria. El nuevo Fideicomisario, Kevin Ness, CSB, se unirá a Jennifer McLaughlin, CSB, y Scott Preller, CSB, a partir del 18 de mayo de 2026.

Estamos muy agradecidos por la dedicación devota y fiel de Cadi mientras cumplió su rol de Fideicomisaria. Ella ha mantenido una postura de oración continua en todas las facetas de su labor. Su gran amor por la Ciencia Cristiana y por la Sociedad Editora de Mary Baker Eddy se ha sentido en todos, y no hay palabras suficientes para agradecer su desinteresado servicio y dedicación.

Kevin se ha desempeñado en La Iglesia Madre en múltiples roles, como Gerente de los Comités de Publicación y Asesor Legal, entre otros. Al igual que Cadi, Kevin trae consigo para el cumplimiento de esta tarea, un profundo amor por la Ciencia Cristiana y está encantado de tener la oportunidad de apoyar aún más a nuestra Iglesia y Sociedad Editora.

Acompañe a los Fideicomisarios para dar las gracias a Cadi y la bienvenida a Kevin.

Administración Fideicomisaria de La Sociedad Editora de la Ciencia Cristiana

¿Podemos ser generosos?

Lisa Rennie Sytsma

Apareció primero el 23 de abril de 2026 como original para la Web.

Al fin y al cabo, hay tantos argumentos para no serlo. Y no solo con nuestras “cosas”; nuestro dinero y bienes materiales. Si compartimos libremente nuestras ideas, ¿qué pasa si alguien más se atribuye el mérito de ellas? Si donamos con gusto nuestras habilidades y tiempo, ¿qué pasa si alguien se aprovecha de nosotros? Y, por supuesto, ¿qué pasa si acabamos necesitando el dinero o los objetos que estamos pensando en regalar?

Desde una perspectiva personal, la decisión de ser generoso puede no parecer obvia. Sin embargo, Cristo Jesús enseñó: “Lo que ustedes recibieron gratis, denlo gratuitamente” (Mateo 10:8; NVI). Pero ¿y si no sentimos que *hemos* recibido libremente; que nos faltan ideas, habilidades, tiempo o dinero?

Jesús no precedió su instrucción con un “si” —“Si lo recibieron gratis, denlo gratuitamente”—. Su declaración parte de la base de que *hemos* recibido libremente. Esto no era una suposición de su parte. Sabía que la fuente de nuestra provisión era Dios, el bien. En su Sermón del Monte, Jesús nos aseguró que, si buscamos “primeramente el reino de Dios y su justicia, entonces todas estas cosas les serán añadidas” (véase Mateo 6:25-34, NVI). La Descubridora de la Ciencia Cristiana, Mary Baker Eddy, amplía esta enseñanza cuando escribe: “Dios os da Sus ideas espirituales, y ellas, a su vez, os dan vuestra provisión diaria” (*Escritos Misceláneos 1883-1896*, pág. 307).

Volverse a Dios en oración, silenciar nuestra propia voluntad y escuchar humildemente la dirección de Dios —y luego cambiar la forma en que pensamos y actuamos de acuerdo con lo que escuchamos— es una buena manera de buscar Su reino. En el reino de Dios, todo es y debe ser divino. Así que es totalmente natural que nos desprendamos de la falsa sensación de ser egoístas, limitados y carentes. Los mensajes angelicales que Dios nos envía nos aseguran que, como

dice en Génesis 1:26, 27, estamos hechos a Su imagen y semejanza. Porque Él es bueno y hermoso, nosotros, en realidad, también debemos ser buenos y hermosos. Y porque Dios es Todo —infinito y perfecto— a Dios nunca le falta nada. Por eso, a nosotros, como Lo reflejamos, nunca nos falta nada. Él crea todo y todo lo que crea es bueno, completo, nada le falta, y eso nos incluye a cada uno de nosotros.

Cuando reconocemos que Dios es la fuente de todo el bien, no tenemos miedo de ser generosos. De hecho, nos da a todos libremente. Podemos transmitir lo que Él nos da sin temer nunca que se nos acabe.

Podemos creer que lo que nos impide dar es verdadera insuficiencia. Pero eso no es realmente lo que nos detiene. Lo que nos detiene es nuestra visión incorrecta de nosotros mismos como carentes, separados de Dios y de Su provisión infinita. Pero cuando comprendemos quiénes somos como hijos de Dios —Sus herederos, como Pablo nos dice (véase Romanos 8:16, 17)— entonces también comprendemos que Él siempre derrama Su generosidad sobre nosotros. Cuando realmente comprendemos esto, siempre tenemos suficiente, y suficiente para compartir con generosidad, porque lo tomamos de una fuente infinita.

Y ese no es el único ámbito en el que crece nuestra generosidad. Al reconocer que somos la creación amada de Dios, del Espíritu, también empezamos a reconocer a nuestro prójimo de la misma manera: viéndonos a nosotros mismos y a los demás como espirituales, no materiales, como buenos, amorosos, honestos, atentos y dignos. Es decir, nos volvemos más generosos no solo con lo que tenemos para dar, sino también con nuestra visión de nuestros semejantes, hombres y mujeres. Esta visión verdadera implica necesariamente entender que la salud y la provisión están presentes para todos, incluso cuando parecen faltar. Esta comprensión puede llevar y de hecho lleva a la curación.

La Biblia registra que esto ocurrió de forma constante en el ministerio de Jesús, quien siempre veía a los demás como Dios los ve. Según el libro de Mateo, en una ocasión Jesús sanó a los enfermos entre una multitud de más de cinco mil personas que se habían reunido para pedir su ayuda (véase 14:14-21). No obstante, esa noche

la multitud seguía allí, y se enfrentó al mismo número de personas hambrientas.

Sus discípulos recomendaron que enviara a la gente a aldeas cercanas para que buscaran algo para comer. Pero Jesús no vio la necesidad de que la gente abandonara su presencia y les dijo a sus discípulos que los alimentaran. Los discípulos estaban desconcertados. Lo único que tenían eran cinco panes y dos peces. Eso podría haber alimentado a Jesús y a los discípulos, pero ¿a “unos cinco mil hombres, además de mujeres y niños”?

Jesús no tenía ningún temor de compartir lo que tenían disponible con quienes habían venido a él para aprender y ser sanados. Tomó los panes y los peces, los bendijo y se los entregó a los discípulos para que los repartieran. No solo todos estuvieron satisfechos, sino que quedaron 12 cestas llenas de sobras.

Es posible que aún no demostremos cómo alimentar a las multitudes como hizo Jesús. Pero a medida que crecemos espiritualmente, empezamos a ver todo desde una perspectiva más espiritual y, poco a poco, a ver la abundancia en la que nuestro Padre celestial nos ha envuelto. Nos volvemos menos temerosos de perder algo al dar a los demás. Comprendemos que ellos, como nosotros, son los hijos amados de Dios, el Amor, alimentados por el mismo pan celestial que nos alimenta a nosotros.

Todos los argumentos en contra de ser generosos y expresar una naturaleza generosa se disuelven ante la luz de la gracia y gloria de Dios. ¡Libremente *hemos* recibido, así que con generosidad podemos dar!

Lisa Rennie Sytsma, *Redactora en Jefe*

EL HERALDO DE LA CIENCIA CRISTIANA

REDACTORA EN JEFE
ETHEL A. BAKER

REDACTORES ADJUNTOS

TONY LOBL, LARISSA SNOREK, LISA RENNIE SYTSMA

GERENTE DE OPERACIONES

PETER WHITMORE

GERENTE DE PRODUCTO

GRAHAM THATCHER, KARINA BUMATAY

PLANIFICACIÓN EDITORIAL Y DE CONTENIDO

GABRIELLA HORBATY-BYRD

CONTENIDO GENERAL Y PARA JÓVENES

JENNY SAWYER

REDACTORES

NANCY HUMPHREY CASE, SUSAN KERR, NANCY MULLEN, TESSA
PARMENTER, CHERYL RANSON, ROYA SABRI, HEIDI KLEINSMITH
SALTER, JULIA SCHUCK, JENNY SINATRA, SUZANNE SMEDLEY, LIZ
BUTTERFIELD WALLINGFORD

PRODUCCIÓN DE AUDIO

AMY RICHMOND; CARLOS A. MACHADO, TATIANNA PLEFKA

PRODUCCIÓN IMPRESA Y EN LÍNEA

GILLIAN LITCHFIELD, MATTHEW MCLEOD-WARRICK, NANCY
BISBEE, BRENDUNT SCOTT

APOYO EDITORIAL Y WEB

KRISTA KLAVA

DISEÑO

CAROLINA VILCAPOMA

EL HERALDO ES PUBLICADO POR LA SOCIEDAD EDITORA DE LA
CIENCIA CRISTIANA.